

7 PREGUNTAS AL LOBO

¿Cuántos países africanos entrarán en el Mercado Común Europeo antes que nosotros?



¿Cuántos millones de palabras necesitan ser pronunciadas para inaugurar un puente (con entrada y salida)?



¿Cuánto costaría subir al cielo si el camino fuese de peaje?



¿Cuándo reaparecerá el diario «Madrid»?



¿Cuándo se acostumbrarán los ex ministros a dejar de pensar en ser ministros?



¿Cuántos ciudadanos de a pie se necesitan para ser como uno de a dedo?



¿Cuándo desaparecerá la censura cinematográfica?



EL AÑO QUE VIENE, SI DIOS QUIERE.

El otro día venía en un periódico una encuesta sobre no sé qué cuestión taurina. Allí daban su opinión, sobre determinado aspecto de las corridas, picadores retirados, banderilleros en activo, peones de confianza, empresarios, apoderados, ganaderos, mozos de estoque y gente que más o menos vive de los toros. Uno de los encuestados era un señor que, según confesión propia, dirige un negocio autorizado de reventa de billetes. Que en un país existan organizaciones comerciales de este tipo ya empieza a ser sorprendente. Pero la sorpresa no quedaba ahí. Cuando le tocaba el turno de preguntas sobre el tema en cuestión, este buen señor empezaba diciendo:

—Para los industriales como yo...

Uno entonces pensó que en este país hay, por desgracia, demasiados «industriales» como él. Se han puesto de moda las «industrias sin chimenea», que consisten, efectivamente, en que no tienen chimeneas y que tampoco son industrias, sino apaños o negocios más o menos ingeniosos. Todo nace del prestigio social del empresario, ese señor que sale en los chistes con chaqué, chistera y coche largo. A la hora de hacerse el carnet de identidad, de declarar las generales de la ley cuando hemos chocado con el coche y hay que ir al Juzgado, de hacerse unas tarjetas de visita, la gente tiene un miedo racial a decir la profesión que en realidad ejerce. En el carnet de identidad, un cerrajero será siempre un «industrial»; un sastrer, un «industrial»; el dueño de un supermer-



INDUSTRIAS SIN CHIMENEA

cado, un «industrial». Se le aplica la palabra «industria» lo mismo a la factoría de Ensidesa, en Avilés, que a un puesto de masa frita en Argüelles; lo mismo a los Altos Hornos de Bilbao que a una silla de ruedas donde un mutilado arregla mecheros en la calle Postas.

De aquí en adelante, después de leer las declaraciones del industrial revendedor, tendré un miedo atroz

cuando por la televisión citen índices de desarrollo industrial. Si, por ejemplo, afirman que el crecimiento ha sido del 7,63 por 100 «sobre igual período del año anterior», pensaré inmediatamente que hay más locales de reparación de cochecitos de niños, más tiendas de recauchutados, más puestos de melones en la vía pública, más salones de limpiabotas, más galerías de fotomatón, más talleres de confección de hábitos del Cristo de Medinaceli, más obradores de tocinos de cielo, más zapateros remendones, más ropavejeros, más zaguanes de cambio de novelas de Corín Tellado, más tintorerías de lutos en veinticuatro horas, más expendidurías de labores tacionales y canarias, más cosarios con Sanlúcar de Barrameda, más afiladores gallegos, más vendedores dominigueros de «La Gaceta», más carritos de cambio globos por botellas.

A menos que todo el país recobre la sensatez y de aquí en adelante metan en la cárcel por falsificación de documento público al señor que viene a casa a arreglar las persianas mecánicas cuando se atrancan y que tiene puesto en su carnet de identidad lo consabido de «industrial». Pero como esto tardará en llegar, para ir tirando sería de agradecer que los industriales revendedores de entradas de la calle de la Victoria pusieran en sus tarjetas de visita algo así como: «Consejero-delegado de una industria subsidiaria de la planta siderúrgica integral "Manuel Benítez El Cordobés"».

ANTONIO BURGOS



Un hombre intenta contemplar por el ojo de la cerradura la noche de bodas entre Adán y Eva. El hombre parece llorar. Aunque no puede asegurarse, porque está de espaldas. El hombre se vuelve hacia usted, lector, y al punto descubre en él rasgos conocidos. Es Groucho Marx. No lloraba. Reía. Dice:

—¿Que falta de imaginación!

Groucho Marx hace rodar sus pupilas nucleares e insinúa unos pasos de claqué. Juega con el «canotier» como si fuera Maurice Chevalier, pero que nadie lo ponga en duda: es Groucho Marx.

Entre Groucho Marx y usted, lector, pasa el Queen Sophie. Groucho lanza un estridente silbido de pillete italiano de posguerra. El paquebote se detiene, y el capitán Nemo se asoma desde el puente de mando.

—¿Qué quiere usted?

—¿Y usted?

—No tengo tiempo que perder. Me esperan en algún sitio y he perdido las gafas.

—Si me da quinientos dólares le explicaré por qué he silbado.

—Custrocientos.

—Trescientos.

—Me parece demasiado barato.

—Entonces dejémoslo en ciento cincuenta.

—¡Ciento setenta y cinco!

—Si usted quiere.

—¡Estos ricachos! —comenta Groucho en un aparto para usted, lector.

Una paloma mensajera pintada por Pi-

CUESTIONES MARXISTAS

casso descendiendo desde el puente de mando con los ciento setenta y cinco dólares. Groucho se los mete en el escote de una chica de mala vida que aguarda la llegada del hijo del Rey de la Aspirina.

—Bien. Cumpliré mi palabra. Quería saber si viaja alguno de mis hermanos con usted.

—¿Esto es su hermano?

Le muestra un pelele riente y desarticulado, con la cabeza cubierta por rizos estropajosos.

—¡Harpo!

El pelele se agita llamado por la voz de la sangre. El capitán Nemo deja caer el pelele sobre el muelle. El Queen Sophie parte hacia Santa Fe.

—¡Harpo! ¿Te has hecho daño?

Harpo dice que no con la cabeza.

—¿No tienes lengua?

Harpo contesta que no con la cabeza. Groucho se dirige a usted, lector, y comenta con gran admiración.

—¡Milagro! ¡Se ha quedado mudo! ¡Qué diría nuestro hermano mayor, Carlos, si presenciara esta maravilla!

Harpo corta el «canotier» de Groucho con unas enormes tijeras. Harpo comienza la persecución de la amante del hijo del Rey de la Aspirina. Llega el hijo del Rey de la Aspirina. Se suicida. Groucho grita: —¡Vivan los novios!

Harpo estrangula con los pies a la perdidá muchacha.

CARLOS M.